

CT 3210
C3
V.3



BIBLIOTECA

~~~~~  
Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.  
~~~~~



URVASIA

Entramos en los bosques indios, todos inundados de vida. El desierto de los semitas, donde las figuras humanas se destacan de bulto y de relieve, truécase ahora en esta increíble aglomeración de seres, donde las figuras humanas enlazan sus piés con los animales, su frente con los dioses, y pasan, á manera de sombras, bajo las ramas y las floras de una vegetación sin ejemplo, entre las faunas de unas especies sin número, cargados los aires de animación fulgurante y vívida, los espacios henchidos de genios que alcanzan todas las encarnaciones imaginables y revisten todas las formas posibles, sumergido el universo en una divinidad inmensa é indeterminada, que lo empapa y lo compenetra, cual empapa y compenetra el agua la esponja. Allá, en el Norte, separa la India de sus estepas asiáticas el inaccesible monte Himalaya, que parece ocultar su

cabeza, coronada de nieves perpetuas, en el éter, componiendo parte del cielo; por Oriente corre aquel Ganges, llevando tanto polen y flor, y hojas, y raíces, y sustancias, que parece producir como la gelatinosa primera materia destinada en los arcanos de la naturaleza material á levadura de vida; fluye por las tierras occidentales el Indo, que da su nombre á todo el territorio; y por las lindes hacia el Mediodía hierve un mar eléctrico, que azotan tempestades continuas y ciclones horribles. Todo aquí es variedad, y en esta variedad todo color y matices de color. Montañas y cordilleras por un lado fluyendo ríos, parecidos á mares; por otro lado estepas sembradas de tales plantas, que las creeríais alfombra tejida por hilos múltiples y bordada con corolas de toques metálicos; sobre lagunas de verde oscuro, pobladas por peces múltiples, juncales de rojo subido, habitados por aves zancudas, vestidas con plumaje semejante por su brillantez, por su color, á rica sedería; dentro de selvas espesísimas, lianas y enredaderas, que cierran el paso con sus cortinas de hojas, agarradas á gruesas seculares ramas; y en el cielo esta misma variedad: nubes, á veces negras, como el humo de nuestras fábricas, y á veces amarillas, como el ámbar, las cuales llueven granizos semejantes á granos del topacio y del rubí, tiñendo todas aquellas viciosas campiñas, donde pululan y

gritan tantos seres en discorde coro, de iris y matices fantásticos. No buscará paraíso ninguno en el mundo ya quien vea una sola vez los valles de Cachemira, donde brotan todas las flores y maduran todos los frutos, ni desierto desolado y estéril quien haya recorrido aquellas soledades envueltas por el silencio y la tristeza como de un paño fúnebre. El clima de las nieves perpetuas está en las cumbres del Himalaya, y en sus raíces el clima de los trópicos. Así todo es allí discorde y todo armoniosísimo. El viejo mundo no tiene ríos como los caudales del Ganges, arrastrando islas en formación, coronadas por cocoteros. Ni en el Amazonas, ni en el Paraguay se ven selvas y bosques como aquellos índicos, donde gritan el pavo real y el papagayo, salta el mono, vuela el pájaro mosca y se pasea con majestad el elefante. Conoce la vida, en verdad, quien siente subir por sus venas aquella savia exuberantísima, y arder en sus pulmones aquel aire tempestuoso, y derramarse por su sér aquella intensidad de calor generado por aquella viva luz, la cual parece hoy mismo producir á diario en los espacios encendidos y abrasados el milagro increíble de la creación divina manifestado en aquel enjambre de seres y en aquel hervidero de vida.

Y por lo mismo que la vida es allí tan exuberante ¡cuán voraz la muerte! Por todas partes las es-

pecies carniceras mantienen su guerra cruentísima. Mientras el tigre atisba la presa tras el tronco de los árboles, maullando y relamiéndose, baja el milano, como si viniera de otro mundo, con súbito golpe, como el de un fulminante rayo, sobre las miserables avecillas. El reptil aguza los aguijones de su lengua cual agudo puñal; los insectos venenosos pululan en los vegetales más vívidos. De aquellas aguas, que nutren selvas umbrósas, pobladas de innumerables especies, despréndense pestes que llevan á bien lejanos territorios en los aires sus asoladores miasmas. No hay río sin caimanes, ni juncal sin serpiente, ni bosque sin tigre, ni átomo de la tierra sin algún animalillo encargado de oponer su instinto de verdadera destrucción á las múltiples encarnaciones del sér y á los diluvios de la vida. Por esta razón el hombre ha poblado todas aquellas especies de seres benéficos y seres maléficos que continúan, en una especie de alturas metafísicas inaccesibles, las batallas inferiores por la vida. En el mismo cáliz que oléis una esencia, oléis también una divinidad. En el vapor que se levanta de los ríos y de las lagunas veis, aunque no queráis, un Dios vestido con los brillos de aquellas multicolores nieblas, adornado con la pedrería de aquellos brillantes granizos. Donde hay tanta humedad en el suelo mezclada con tanta luz en los aires, ne-

cesariamente surge una especie de idealidad panteística que lo envuelve todo y todo lo diviniza. En el desierto de Madián se impondrá un Dios apartado de aquel mundo, un Dios solitario; pero en las selvas indias brotará una especie de idea panteística, en cuyos efluvios se bañan dioses múltiples como se bañan los peces en el agua y las aves en el aire. Judea, en el transcurso de los tiempos, aparecerá siempre como la tierra del monoteísmo espiritualista concorde con la uniformidad desoladora de aquel suelo; pero India, con sus selvas, aparecerá como la tierra del panteísmo, concorde con aquella exuberancia. Verdad que, bajo el Dios universal, volarán otros muchos dioses, constituyendo una especie de politeísmo al modo antiguo; pero también verdad que en todo este politeísmo no tendrán los dioses el carácter aislado y personalísimo de los dioses griegos. Por algún lado aparecerán unidos al universal espíritu que todo lo penetra, en guerra como todos los seres de aquellas regiones con algún otro dios, y numerado en manadas ó especies como los animales á quienes idealizan y de quienes resultan, ó bien prototipos, ó bien compañeros. Entre todas las religiones históricas estoy por decir que ninguna tiene un tan estrecho enlace con la tierra donde brota como esta religión índica, que parece fluída, cual sus tintes brillantísi-

mos, de una tierra, donde sobrepujan á todos los elementos la luz con sus colores y el calor con sus creaciones.

No esperéis, pues, que las figuras femeninas tengan el carácter y el relieve que han tenido las figuras femeninas en los relatos bíblicos. Para encontrar una mujer que personifique aquella sociedad india necesitamos recurrir á los poemas religiosos, y, entrando en los templos, recoger algún tipo legendario, medio divino y medio humano, perteneciente por un lado á la teogonía y por otro lado á la historia. Yo no tendré inconveniente alguno en proceder de tal suerte, tratando, como trato en esta obra, de mostrar el lado femenino que tienen todas las civilizaciones humanas. Con tal que un personaje me personifique aquel especialísimo lado y fase de la civilización que yo quiera describir, no tendré inconveniente alguno en sacarlo, ya sea de las leyendas, ya de las historias. Enrique Heine trazó en corto, pero precioso volumen, copias más ó menos esbozadas de las mujeres producidas por el sublime Shakspeare, y le puso con razón este título á su libro: *Inglaterra*. Y en pocas obras veréis tan claro el genio inglés, porque allí está como su quinta esencia, desprendida de los crisoles del arte, donde la llama del ideal derrite primero y condensa y cuaja después todas las grandes y superiores sustancia-

lidades históricas. Cuando entráis en la historia india os sucede algo de lo que sucede cuando entráis en la selva india. El número de seres aquí os borra la humana figura y os dificulta para su vista y su contemplación. Y con el número de dioses os sucede allí lo mismo. Hay tantos, que los confundís con el hombre. Como apenas podéis, por lo bajo, arrancar al sér humano de las especies inferiores, apenas podéis, por lo alto, arrancarlo de las divinas especies. El hombre se os aparece allí, en la India, como ahogado en la vida. Su figura y su persona se levanta en la inmensidad de los tiempos y en los efluvios de los elementos como la cabeza de un ahogado en la inmensidad de los mares ó como el resplandor de un aereolito en la inmensidad de los cielos. No es el hombre, no, como aquellos patriarcas hebreos que se destacan en el desierto, bajo la sombra de sus palmerales, junto al borde humildísimo de sus cisternas, acompañado por sus ovejas á lo sumo, y con su camello al lado, el cual camello, si no anda, se tiende tranquilo y rumia silencioso; no es el hombre como aquellos dioses y héroes helénicos alzados en un solitario pedestal compuesto de armoniosas líneas sobre la tierra sumisa y bajo el cielo sereno; es el hombre aquí, en la India, como un brahmán inmóvil, á quien apenas se le descubre y entrevé bajo la sombra de aquellos ve-

getales cargados de flores y de frutos, y que con las rodillas puestas en el exuberante suelo y los ojos hundidos en el espacio inmenso, plegadas las manos y mudos los labios, llega en su absorción á un desprendimiento tal de su naturaleza humana, que parece un objeto, y nada más que un objeto, perteneciente á la naturaleza material. Pues si esto es el hombre, imaginaos qué será la mujer india. Para comprenderla se necesita buscarla en aquellas legiones de seres intermedios entre la divinidad y la humanidad que constituyen las grandes teogonías. No podéis comprender el tipo de la hembra humana en la India como no veáis al par de ella sus diosas y sus semidiosas.

¡Cuántos contrastes! Allí donde las emanaciones pútridas del Ganges producen el cólera y los insectos venenosos hacen pustulentas las fibras del cuerpo más sano con sus picaduras venenosas, el incienso y la mirra fluyen como natural resina de las plantas, y brotan el sándalo y la canela. Mientras los detritos corruptos de tantos despojos como esparce por doquier la muerte allí hieden hasta provocar náuseas, muchos de sus animales llevan en sí el embriagador y penetrante almizcle. Tal contradicción de las cosas trasciende á las ideas. ¿Puede haber espacio alguno de nuestro planeta que más revele en sus efluvios la vida? Exuberante allí se

parece á lavas derramadas y esparcidas en todas partes por una erupción tonante. Aquel vapor, aquel humo, tanto número de misteriosas esencias, concluyen por solidificarse como el agua congelada y por producir metamorfosis nuevas de la materia encerrada en armoniosos organismos. Y, sin embargo, la India es el punto de la tierra que ha generado aquella doctrina empeñada en reducir todas las cosas á ilusiones, y que concluye por predicar el aniquilamiento universal y señalar al hombre como único puesto la nada. Por consiguiente, no debe maravillarnos, conociendo este carácter contradictorio, representado por sus dioses Shiva y Vichnú, que la India predique aquel suicidio universal denominado Nirvana y que la India, después de haber inventado metamorfosis del sér, como la transmigración y las encarnaciones, caiga en el culto idolátrico al no sér. De aquí la contradicción entre su panteísmo, que parece la unidad suprema, y su politeísmo, que parece la multiplicidad inagotable. De aquí también las contradicciones entre sus dioses, que se resuelven luégo en la suprema trinidad. De aquí todos estas antítesis que llegan á la divinización de todos los seres y á la divinización al mismo tiempo del no sér. Su dios Shiva, el dios del mal, es una representación patente de todas estas contradicciones indias. Mientras de un

lado aparece muy hermoso, con el círculo de la vida en sus dedos, el buey á sus plantas, la savia del campo en las venas, el agua del cielo como un rocío sobre su frente, de otro lado aparece deforme, horroroso, envuelto en tinieblas, pisoteando el universo con su hendido pie, bebiendo con sed ardorosa las lágrimas y la sangre de los humanos, ceñido con un collar de cráneos el cuello y con un cinturón de víboras el talle, como personificación divina de aquella guerra entre los bienes y los males, empeñada tristemente doquier la vida se dilata. Y como contrapuesto á tamaño genio del mal aparece Vichnú, quien ciñe estas formas: la de un pez, en los inmensos abismos del agua; la de un elefante tan gigantesco que podría soportar el mundo sobre su lomo; la de un guerrero audaz, montado en cabalgadura tan alba como la primera nube surgida y evaporada del seno de los mares; la de fuerte tortuga, semejante á piedra y base angular de todo lo sólido; la de un brahmán destinado á derribar con hachas áureas los árboles seculares vestidos de lianas espesas y abrir caminos al hombre por los suelos semejantes á intrincados laberintos; merced á todo lo cual perfuma su cuerpo la resina del sándalo; cubren de corpúsculos su sangre los átomos llovidos por las corolas de toda flor; abanicen el aire por sus pulmones respirado las palmeras; co-

rónanlo con círculo místico las grullas, reunidas en bandadas sobre su cabeza; síguenle á una las negras gacelas; llévanle guirnaldas en sus cuernos los corderillos; porque Vichnú teje con los hilos sacados á su incomunicable sustancia el hermoso velo de todas las formas, indispensable á la urdimbre de toda la vida. Y todos estos dioses reúnen y súmanse contentos de sí mismos en Brahma. Si el uno siembra la muerte y el otro la vida, Brahma recoge las dos simientes contrarias, y de sus oposiciones extrae la concordia y armonía del amor. Así en Brahma se identifican el sér y la nada. Sobre la cuna y el sepulcro, sobre la guerra y la caridad, sobre los odios y los amores, se levanta Brahma, que los reconcilia y los suma del todo, á manera de la serpiente que se mordía su propia cola.

Ya lo hemos dicho y jamás lo repetiremos bastante: nuestros lectores, al allegar una idea que corresponda con la India, y su estado, y su historia, y su carácter, y su ministerio en el mundo, para ponerlos, digámoslo así, como fondos en los cuadros que consagremos á pintar las mujeres de aquel antiguo é interesantísimo territorio, necesitan conocer su religión. Producense allí unas divinidades femeninas al calor de su politeísmo natural, muy semejantes á las ninfas griegas que laten por las ondulaciones, así de los campos

como de los mares helénicos. Mensajeras de las alturas sus blancos cuerpos se han formado de las espumas y sus almas de las brisas. En sus sienas ostentan diademas de algas y perlas, en sus cuerpos túnicas de niebla, en sus talles cinturones de musgo, en sus brazos pulseras de cristal, en sus hombros mantos recortados del azul de los cielos, en sus manos arpas de sándalo con cuerdas de oro. Invisibles á los ojos mortales, sus alas etéreas les permiten bajar á los abismos y subir á las alturas en descensos y ascensiones innumerables con vuelos tan rápidos como los de nuestro mismo pensamiento. Ellas destilan la miel, exhalan el aroma, encienden el centelleo de las aladas luciolas, enseñan sus escalas cromáticas al ruiseñor enamorado, ondulan en el arroyo, tiemblan sobre la trémula superficie del lago azul, y doran en la inmensidad todas las noches los armoniosos astros. Quien no haya visto un rayo de luna llena rebotando en el cáliz de una flor de loto abierta, quizás comprenda lo que sea una de las apsaras en el coro de las grandes personificaciones indias. A Urvasia, inscrita en esta familia de semidioses, debemos pintar nosotros, correspondiendo con nuestro propósito. Erguida y flexible como una palma, delicada y tierna como una rosa, circuída de respeto como la flor que los sacerdotes consagran al culto del dios

Indra, su majestuoso continente revela una hija de los genios superiores mandada por éstos á la tierra. En los tropos orientales no hay parte de su cuerpo que no pueda relacionarse con algún objeto hermoso. Negro su cabello como la noche, blanco su rostro y pálido como las azucenas, encarnados sus labios como los capullos del clavel entreabierto, blancos sus dientes como los granos de la granada cuando todavía no está madura, profundos sus ojos como abismos que provocan las pasiones y atraen las almas. Vedla. Se sienta en el borde y orilla de un arroyo, bajo árbol cargado de flores, sobre lecho de musgo; y mientras deja errar la tranquila mirada por los aires, pulsa con sus dedos el arpa de sándalo y se fija en que las avecillas han formado un hermoso nido á su vista, y los elefantes pareados han corrido gozosos recogiendo flores con sus trompas y ciñéndolas á sus cabezas en guisa de guirnaldas, y los airecillos como que se duermen ebrios de aromosas esencias en el cáliz de las rosas. Pero ella, visible á unos seres é invisible á otros, ya diosa, ya mujer, por unas facultades suyas perteneciente al cielo, por otras facultades al mundo, ha oído una especie de ¡ay! envuelto en algo que se parece así á las inspiraciones sobrehumanas como á las luces naturales, y no sabe, no, en su nativa ignorancia, qué quiere decir, y aunque lo intentara.

no podría explicarlo, pues solamente lo conoce por la tristeza dejada en su corazón, y llora.

Oirla gemir y volar las apsaras á su encuentro fué obra de un minuto. Mas apenas se han reunido para procurarle consuelo, cuando huyen cual si husmearan un feroz cazador. En efecto, el terreno donde se hallaban congregadas las hermosas ninfas se estremecía y bamboleaba cual si lo sacudiera hondísimo terremoto. Y era porque allí cerca se abría la caverna que franqueaba paso al infierno, y en el infierno su siniestro dios Iama se había enamorado perdidamente de Urvasia. Imaginaos el terror de ésta y de sus compañeras, hijas hermosas de la luz, amenazadas de caer por toda una eternidad en las telarañas de unas sombras como las sombras infernales. Urvasia, semidiosa, no amaba, no, á ningún sér de su condición, quería, en su anhelo por subir y explayarse allá en la inmensidad, amores con un dios. Sus hermanas disuadiéronla. En su cariño por la más hermosa de ellas le pintaron cómo suele castigar el cielo indio todo amor y todo enlace desigual. Y temían que un mandato de los dioses del cielo penetrara en los abismos del infierno y suscitara contra Urvasia cóleras terribles. Y si tales cóleras saliesen de las profundidades insondables á las superficies del mundo, no había para la pobre ninfa salvación posible, no. El dios de la pezuña

hendida, de la cabellera de víboras, de la negra horquilla en el puño, de las tinieblas en el hombro, la sorprendería, encontrándose la cuitada como si un volcán en erupción surgiese de pronto bajo sus piés y la envolviera en sus llamaradas. Pero no escuchaba Urvasia los presagios de sus compañeras. Mientras le decían tales augurios, contestábales cómo había visto pasar á Indra y le había tendido amorosa los brazos. Confesamos que Indra lo merecía. El resplandor albo de aurora suave lo coronaba. Alados caballos lo conducían arrastrándolo en carro de nubes que tenía centellas por ruedas é iris por bridas. Los cielos de tal modo se prendían á él, que semejaban lazos de su túnica. A su carrera todas las cosas entonaban en coro las plegarias del alba. Y Urvasia no pudo, no, decirle que le quería y que le deseaba, por haber pasado junto á ella tan de súbito como el relámpago y como la ilusión. Tras Indra vió pasar el dios de los mares. Los vientos son su cabellera que se agita, las ondas alteradas por el huracán sus plantas que se mueven, el coral y las conchas los brazaletes que le adornan, las nieblas del otoño los mantos que lo cubren, y los bramidos del mar los ecos de su voz potentísima. Urvasia le dijo que le amaba y él pasó cual pasa el soplo de un airecillo sobre las aguas. Todo esto la desesperaba con indecible desesperación. Pero sus herma-